

SEÑORAS, SEÑORES:

Sean mis primeras palabras expresión de gracias para vosotros. Tan brillante concurso colma los deseos de la Sociedad Literaria, que os ha convocado, á vosotros, sus amigos, para honrar la memoria de uno que fué amigo de todos cuantos supieron amar lo bello y admirar la grandeza de alma, porque ~~llena~~ mente poblada de imágenes bellas, y su corazón latía por todo lo excelso y heroico. La Sociedad contaba con vosotros, para pagar esta deuda de gratitud y amor á uno de sus presidentes más queridos, que aquí, como en todas partes, ha dejado huella luminosa para marcar sus pasos y coro de alabanzas para acompañar su nombre. ¿No fué él quien dijo que los héroes son propiedad humana, comensales de toda mesa y de toda casa familiares? La Sociedad contaba con vosotros, para rendir este póstumo tributo al literato insigne, al orador elocuente, al patriota fervoroso, caído antes de tiempo, pero ya desde antes colocado, por sus extraordinarios merecimientos, en la gloriosa constelación de los héroes de América.

No podía, ni debía la Sociedad Literaria abstenerse de tributar este público homenaje á su presidente José Martí, porque muchas de las páginas brillantes de su historia fueron

escritas por la mano de aquel que, en medio de una vida vertiginosamente atareada, para todo tuvo tiempo y en todo ponía su corazón entero, que era fuente inagotable, y la totalidad de sus fuerzas, que no parecían conocer la intermitencia, ni la fatiga. Martí hacía florecer cuanto tocaba, porque sabía aprovechar la más débil chispa, y calentando los corazones, producía con unas cuantas ramas secas un incendio. A todos aquí comunicó vigor, por todos lados esparció vida, y la Sociedad Literaria floreció en su tiempo, como si la mano gentil de un hada hubiera trazado en torno suyo círculo resplandeciente.

Nadie hubiera podido sospechar al verlo afanarse, multiplicarse, acudir á todo, improvisar fiestas, ampliar los programas y el objeto de esta sociedad, sacando recursos no sabe de donde, allegando elementos valiosos, armonizando aptitudes, concertando voluntades; que esta impaciente actividad, que esta premiosa tarea no eran sino descanso para su espíritu, hostigado por otros propósitos más altos, persiguiendo otro ideal más remoto, empeñado en otra más grande empresa, en la suya verdadera, en la definitiva, en la de su existencia, en aquella para la cual todas las demás que emprendía y acababa no eran sino preparación y bosquejo. El artista probaba su mano en trabajos efímeros, para tenerla flexible y educada cuando hubiera de ponerse á la obra maestra.

En todas las tareas que se impuso encontró siempre dóciles sus múltiples aptitudes, porque esas varias y brillantes facultades, esas luminosas facetas de su gran inteligencia, convergían todas, como los radios al centro, á una facultad suprema, que las animaba y vigorizaba: el entusiasmo. Su portentosa fantasía desplegaba las alas á to-

dos los vientos del espíritu, mas no para vagar al acaso, con la facilidad gallarda del mero dilettante; sino para buscar por cada rumbo lo mejor, lo mas exquisito, la flor de perfección que soñaba, y que su corazón ardiente le hacía amar con indecibles transportes. Amó siempre su obra: He aquí el secreto de sus grandes éxitos. Era cada una la hija predilecta, en las horas de preparación y labor, y la concebía y la quería la más gallarda, la más hermosa, la más acabada. No colocó su ideal en un mundo inaccesible. Quiso y logró esculpirlo en la roca de la realidad. Dió valor á cada situación de su vida, precio á cada trabajo. Hizo cada vez y en cada caso lo más y lo mejor que pudo. No hay regla de vida más alta, ni más fecunda.

Atravesó la vida como quien lleva en las manos antorcha y pebetero. Mas cuando llegaba el caso, quitaba del cinto el hacha ó bajaba del hombro la piqueta y las empuñaba con resolución. Quería alumbrar y perfumar; pero sabía que muchas veces es preciso antes descuajar el bosque, ó acabar de derruir el edificio carcomido y ya inservible. Mas destruyera, preparara ó edificara, todo lo hacía como si no hubiera de hacer otra cosa. Sabía que esto era el medio, el único medio de hacer al cabo la grande obra, que era el imán de su alma, la que sentía palpitar debajo de las otras, como se siente bullir el agua profunda en las entrañas de la roca.

Por eso fué su vida al parecer tan compleja. Peregrinó por el mundo con una lira, una pluma y una espada. Cantó, habló, escribió, combatió; dejó por todas partes chispas de su numen, rasgos de su fantasía, pedazos de su corazón; pero en cualquier ruta, por todos los senderos

su vista estaba siempre fija en la solitaria estrella, que simbolizaba su honda y perpetua aspiración de hogar y patria. De su poesía se exhala en perfume sutil la nostalgia del desterrado. Cuando su pluma corre sin freno sobre el papel, cuando su palabra se desborda desde la tribuna, se adivina que lo aguija, que lo impulsa la visión distante de Cuba que lo llama, y le pide que escriba para ella y que hable por ella, y alumbre las conciencias y encienda los corazones. Aquí está la nota profunda de su alma y esto constituye la unidad perfecta de su vida. Martí poeta, escritor, orador, catedrático, agente consular, periodista, agitador, conspirador, estadista y soldado no fué en el fondo y siempre sino Martí patriota. Para ver y abarcar desde un punto central la existencia tan accidentada de este grande hombre nada es tan adecuado como considerar su labor política. Esta es la esencia; las demás fases de su vida pública son detalles y accidentes.

Cuando se veía á Martí silencioso, la espaciosa y limpia frente decía inteligencia; los ojos dulces, profundos y melancólicos sobre toda ponderación decían arte, denotaban la honda simpatía de un alma con todas las cosas tristes, que son ¡ay! las más bellas en la vida del hombre. Pero cuando Martí hablaba, de tal suerte vibraban sus palabras, las recorría tal fluido de vida brotando á borbotones, que empezaba á comprenderse que el soñador escondía un verdadero hombre de acción. Y si entonces se le veía levantarse nerviosamente ágil, dirigirse rápido á la tribuna, erguirse en ella, casi abrazarla, llenarla y empezar á dar salida al raudal impetuoso de sus pensamientos que empujaban las palabras y rebosaban de ellas, como de

cauce demasiado estrecho para contenerlos, el simétrico cerco de su cabellera tomaba forma de aureola, y el orador se transfiguraba en apóstol. Se comprendía entonces que aquel hombre hablaba para obrar, y que su palabra era fuego para calcinar corazones empedernidos y palanca para levantar pueblos aletargados

Martí no era un político especulativo. En el gabinete, delante del libro, pensaba en el club, veía la plaza pública, rebosando de multitudes afanosas, oyendo la arenga tribunicia que las llama á la conquista del derecho. Los problemas políticos no tenían para él objeto, si no se resolvían por la concertada acción de sucesos provocados y previstos. Su temperamento artístico lo hacía encarnar abstracciones y teorías en hombres y pueblos. Su refinamiento moral lo hacía comprender que no se justifica la acción sino por el bien que de ella resulta. El artista concebía un ideal político, hermoso y apetecible; el moralista lo cotejaba con la realidad imperfecta y deforme; y por eso aborrecía ésta con todas las fuerzas de su corazón generoso é iba en pos de aquél con todo el ímpetu de su voluntad indomable. Martí era y tenía que ser lo que fué, un gran agitador político, un Mazzini, un Kossuth, un Stambuloff.

Temprano lo consagró la vida, temprano lo ungió el dolor para su duro apostolado. En el albor de la existencia, niño de diez y seis años, algunas líneas llenas de fuego juvenil, algunos versos en que se estremecía su ansia de adolescente por la libertad, lo condujeron maniatado ante un tribunal español, ante un consejo de guerra; y por esos enormes delitos, el niño imberbe sintió que manos brutales remachaban en sus piernas un ignominioso grillete. El primer contacto de su alma pura con el poder brutal.

que dominaba su patria fué ese cruel ultraje á la dignidad humana, respetable siempre, más respetable en la primera mocedad, risueña é inocente. Aquel niño soñador, de espíritu inmaculado, fué confundido en un presidio con criminales soeces, porque había escrito algunos artículos de periódico y un ensayo de tragedia. Todo el horror del sistema colonial de España se le reveló de una vez y para siempre. Los estóolidos verdugos que cargaron de cadenas aquel niño endeble, no podían sospechar, en la estrechez de sus entendimientos, el ángel vengador que había de surgir de entre aquellos hierros, armado con la lengua llena de imprecaciones y con la espada fulminante de rayos.

El niño se hizo hombre en el dolor inmerecido y en la ignominia injusta, y el hombre comprendió su vocación irrevocable y se sintió profeta. Profeta para estigmatizar la protervia de la tiranía más inicua, y profeta para evocar, predecir y apresurar la resurrección, la regeneración del pueblo, que bajo esa tiranía agonizaba. Su espíritu entra desde entonces en ebullición, desde entonces comienza su labor perenne, su incesante actividad, el batallar que no había de encontrar descanso hasta la hora suprema de la final y gloriosa batalla. Su primer arma fué la pluma, su primer palenque la tribuna. Libertado de sus hierros, que son el primer timbre de su ejecutoria de mártir, sale desde luego á la plaza pública á predicar su cruzada. El tirano lo había arrancado de su Isla amada y lo había conducido al suelo de la aborrecida Metrópoli. Allí se encontró, y aceptó aquel campo para empezar la lid. No le importaba tener el sol de frente, ni que los jueces fueran sus verdugos. Desde entonces, y como siempre, tenía fe, fe profunda en la justicia de su causa.

Su primer folleto es una denuncia generosa del más nefando de los crímenes que comete España contra los cubanos, cuando mezcla al patriota, en contubernio indigno, con el criminal, lo carga con la cadena infamante y lo somete al palo del cómitre sin dignidad y sin entrañas. Martí, condenado á presidio por un conato de delito político, protestaba contra la infamia sin tamaño de hacer purgar con una pena degradante el crimen de amar la patria y la libertad. Se dirigió á España, que pretendía entonces arrancar de sus hombros el manto de plomo de cuatro siglos de opresión, se encaró con ella, con la España revolucionaria, creyendo que su noble protesta sería escuchada; pero España ha sido siempre sorda, cuando la voz de un cubano le ha pedido justicia.

El político adolescente no se engañó ya un solo instante. Vió y midió en toda su profundidad el irreductible antagonismo que divide la vieja sociedad europea, amasada de preocupaciones y fanatismos, y la joven sociedad americana, llena de anhelos de progreso y libertad. Comprendió que la política colonial de España gira automáticamente sobre un eje, cuyos dos polos se llaman dominación y explotación; mientras que toda colonia necesita para desenvolverse con fruto aprovechar sus recursos y ser dueña de sus actividades. No se le podía ocultar por tanto que sobre el tronco carcomido y anémico de la Metrópoli decrepita ningún renuevo podía crecer vigoroso, y que el único remedio al mal era dividirlo de la vieja cepa, arrancarlo, para que encontrase mejor y más rica savia en suelo propio. Martí llegó por el raciocinio á donde ya había llegado antes por el sentimiento, y fué desde entonces lo que habia de ser siempre, separatista.

Su ideal político tenía ya forma definida: la independencia de Cuba.

Esta idea determina la orientación del resto de su vida. Ya no hará nada, no producirá nada que no tienda á encarnar ese gran designio en los actos que han de realizarlo. Como el austero y noble Mazzini, con quien tiene tantos y tan característicos puntos de contacto, puede escoger por lema de su bandera: "Pensamiento y acción." Se proclama la república en España—sueño de una noche de verano,—y el mozo, que perora en las aulas y en los cafés, se va ante Figueras á pedirle la independencia de su patria. Se discute en las academias la manera de que el lazo federal mantenga unidas á Cuba y España, y Martí habla hora tras hora, batalla como un gladiador contra una cohorte, desbarata todos los argumentos, y mantiene que Cuba se basta á sí misma, y que debe aspirar á brillar sola, una estrella más en la pléyade de las repúblicas americanas.

Como no encuentra en torno calor ni simpatía, y el espíritu no desciende de lo alto para abrir aquellos oídos, ni calentar aquellos corazones, Martí deja á España, y comienza su larga peregrinación por gran parte de América. Reside en México y en Guatemala, donde sus múltiples aptitudes y su vertiginosa actividad le ganan nombre, estimación y honores. Escribe para periódicos y para el teatro, pronuncia discursos, enseña, y gana por todas partes corazones para sí y amigos para Cuba. Habla á esos pueblos libres de un pueblo hermano que está esclavo, y derrama su sangre por la libertad. A esos americanos dice que el equilibrio de América está mal ajustado, porque falta una pieza central al gran-

dioso mecanismo. Y lo dice tan **hermosamente**, que las almas se abren, y reciben la simiente fecundada.

En lo mejor de su propaganda, caen rendidos por la fatiga y la indignación de su aislamiento los héroes de nuestra primera guerra de independencia. España brinda y consigue laboriosamente la paz. Martí se detiene un momento con amargura y dolor, no con asombro. Pero es sólo un momento. Mira hácia atrás el resplandor del gran incendio que se extingue y lanza las últimas llamardas, fija sus ojos profundos en el porvenir donde sólo se condensan tinieblas, y echa de nuevo á andar solo y en medio de la noche. Va solo, pero va adelante, va en la oscuridad, pero sigue un rumbo. Lejos, muy lejos, detrás del nubarrón espeso que cierra el horizonte, rutila todavía para él con luz inextinguible la estrella polar de su vida.

Vuela á Cuba, como si quisiera, nuevo Anteo, cobrar fuerzas con el contacto de la madre tierra. Quiere ver por sus ojos el suelo sembrado de escombros, y quiénes son los obreros del edificio que sobre ellos intenta levantarse. Quiere vagar por los campos de batalla y preguntar á las tumbas sin nombre si el espíritu de libertad yace enterrado en ellas para siempre. Quiere acercarse á los fatigados combatientes, y á los que ahora de refresco han escogido otro campo para otras lides. Quiere oír á los conformes y á los inconformes. Quiere hablar de cerca á Cuba, y que Cuba le responda.

La respuesta no debió ser contraria á sus deseos, ni á sus designios, pues á poco se le oye tronar en la tribuna, y se sospecha que predica en secreto. La carrera del propagandista y del conspirador fué en Cuba corta. El volcán, que parecía apagado, se sacude y despierta en bre-

ve aunque amenazadora erupción. El levantamiento de 1879 aborta, pero no sin gloria. Es la protesta que se hace oír, en los días mismos en que la resignación á la derrota se preconizaba como un triunfo. Con motivo de los graves sucesos de Oriente, la mano del gobierno español cae otra vez sobre Martí, lo aprisiona, lo arranca de Cuba y lo confina á España.

Martí se jergue altaneramente bajo el golpe, rompe el confinamiento, y asume de una vez para siempre la noble actitud de rebelión, que ha de conducirle al sacrificio y á la inmortalidad. Rebelarse parece siempre fácil. Rebelarse en los momentos y en las condiciones en que lo hizo el patriota cubano resulta, sin embargo, extraordinario. Cuba yacía desangrada é inerme después de dos luchas tremendas. Si algo parecía flotar sobre ella era el anhelo de paz, para restañar las heridas y recuperar las fuerzas. Las poblaciones, cansadas de esgrimir las armas de la guerra, se afanaban sólo por emplear los instrumentos de la paz. El lema era reconstrucción. Reconstruir ¿qué? Primero lo material, la casa en que abrigarse, la industria de que mantenerse; después, si había tiempo, se pensaría en las necesidades del espíritu, en las exigencias de la dignidad cívica, en las reclamaciones del derecho. Cada cual honraba y lloraba sus muertos; pero era difícil saber si alguien creía posible que resucitara la gran idea por la que habían sacrificado sus vidas. Si acaso, otras generaciones en lo venidero se encargarían de la ardua empresa. La actual había cumplido su deber y tenía entre las manos su labor. España podía estar tranquila; la colonia vencida iba á comenzar de nuevo á trabajar para el fisco y la burocracia, que representan y encarnan su soberanía.

Un joven que vagaba sin hogar por el mundo, pensó que los cansados se engañaban en su cansancio, que los descreídos se engañaban en su falta de fe y los desesperados en su falta de esperanza. Pensó que la generación de entonces no había acabado, sino suspendido su tarea; y que, si era preciso, la nueva iría á ayudarla y sabría ayudarla. Pensó que no hay transacciones con la libertad, que se conquista ó se pierde; y que ningún pueblo, si es digno del nombre de tal, puede resignarse á perderla. Creyó que cuando se saca la espada por ella, se puede bajar para tomar alientos, pero no se debe envainar. Y en sus sueños de gloria y dignidad patriótica, se vió á sí mismo con la espada de Cuba desnuda en las manos.

Tenía fe en sí, en la pureza de su intención, en la eficacia del derecho. Y no necesitaba más. Ya desde entonces abrigaba la convicción, que expresó con noble confianza antes de lanzarse á la tremenda obra, y podía decir, como después: "Yo alzaré el mundo." Y se puso a levantarlo, con su corazón y su genio.

Dos fases tenía la obra que iba á emprender el proscrito. Dos, cada una de las cuales exigía un hombre entero. Buscar elementos y simpatías fuera de Cuba, para ayudar eficazmente la empresa; reanimar espíritus, concordar voluntades, y dar plan y dirección á los que habian de ejecutarla dentro. En cada una de estas labores, Martí estuvo á la altura de su inmensa dificultad, y en una y otra se reveló dotado de las aptitudes más singulares y eficaces. Su sagacidad, su constancia, su asiduidad, su conocimiento de los hombres y de los pueblos con quienes se ponía en relaciones, lo justo de su criterio y de su apreciación de los sucesos y de las circunstancias políticas, todo en él fue

notable, todo extraordinario; pero aquello que lo señala y pone á un lado, aquello que lo eleva sobre muchos que han poseído y poseen esas mismas prendas es la cualidad maestra, la que constituye á los directores de hombres y á los jefes de pueblos: su facultad de armonizar, de organizar. Manejar á los hombres sin violencia, tomar sus pasiones, sus creencias, sus ideales como una blanda masa, para echarla en el molde adecuado, hacer que sus fines personales, particulares, se subordinen espontáneamente al fin común, que sus fuerzas individuales concurren sin torcerse ni resistirse á formar la fuerza colectiva, no hay nada más arduo. Y cuantos conocen la historia de Martí en el destierro y sus trabajos con la emigración cubana saben que venció todas esas dificultades, y logró hacer de grupos dispersos, descorazonados y casi hostiles, un todo coherente, animado de un solo deseo y dispuesto á lo mayores sacrificios. Se dirá que su acción enérgica sobre la multitud dependía de que lo animaba la misma pasión, abrigaba la misma creencia, tendía al mismo ideal, que todos aquellos hombres. Ciertamente; pero en él todos esos estados de alma se encontraban tan de relieve, tenían tal vigor y lograban de tal modo exteriorizarse, que se imponían á los demás como una fascinación; ellos reconocían en él su propio espíritu y lo seguían con plena confianza. Creían en Martí, porque Martí sentía como ellos y era sincero. No hay grande hombre, sin una gran sinceridad.

En la emigración cubana de los Estados Unidos supo encontrar el revolucionario su primer punto de apoyo. El propagandista necesitaba otros de diversa índole; y reanudó su peregrinación por América. Antes había ido por aquellos pueblos buscando hogar; iba ahora bus-

cando patria. No á pedir á ninguno patria prestada, sino á decirles que debían ayudarle para que la tierra, en que había nacido, hermana de ellos por la naturaleza y la historia, pudiera ser patria de sus hijos. Les mostraba á Cuba, la hermosa y triste Cenicienta del hogar americano, sola y sin amigos. Les pintaba su belleza y les refería sus infortunios. Y les hablaba de Europa despótica y de América libre, y les decía que la libertad americana sería sólo un nombre hueco, mientras en el corazón del continente hubiera pueblos donde el europeo dominador pusiera la planta como amo, por derecho de conquista.

La palabra de fuego del proscrito labró en el corazón de muchas gentes. A su paso sentía rebullir el corazón del Nuevo Mundo. Quizás entonces, en sus horas de insomnio, el soñador inspirado vió muchas veces llegar la hora solemne de la lucha, contempló á Cuba como inmenso campo de batalla, en que un joven David se alzaba desarmado, recogiendo del abrupto suelo el guijarro vengador para asestarlo sin miedo contra el soberbio Goliat; y al rumor de la lid y al clamor de los combatientes, le pareció que por las crestas alterosas de la Sierra y de los Andes se empinaban, en su dignidad y en su gloria marcial las repúblicas, vencedoras de España, miraban con júbilo el glorioso espectáculo, enviaban sus voces de aliento al mancebo animoso, y se precipitaban al cabo en su ayuda, desplegados al viento los pendones fulgurantes de Junín y de Ayacucho. Ah! su espíritu generoso no pudo nunca presentarle la visión sombría de la América latina, dormida sobre sus laureles, mientras á pocos pasos, en suelo americano, se desangra un pueblo, en lucha desigual, lanzando el mismo grito de guerra, que le enseña-

ron los próceres de la emancipación del continente.

Mas de seguro, si alguna vez lo hubiera turbado tan triste presentimiento, su ánimo fuerte no se hubiera abatido. Martí esperaba en América, pero sobre todo confiaba en Cuba. Esta fué su mayor grandeza. Y esto demuestra que estaba más compenetrado que ningún otro cubano del espíritu de su pueblo. La aspiración generosa que circulaba, como savia fortificante, por su alma, él la sentía palpar en el alma de Cuba. Cuando todos ó casi todos la creían descorazonada, recogiendo trabajosamente los restos de su manchada opulencia, para vivir la vida de los sentidos, él sabía que allá en lo íntimo de su pecho resonaban las sílabas del conjuro poderoso, que la maga libertad había destilado en sus oídos. Él sorprendía los relámpagos de ira santa que pasaban por sus ojos, fijos en la tierra. Él escuchaba la elegía melancólica que salmodiaba en la noche. Él sabía que la postrada esperaba ansiosa la hora de sentirse fuerte, para saltar en pié; y que la sumisa tenía siempre en los labios el reto con que había de provocar á la batalla decisiva.

No lo engañó su noble confianza. Por cada colaborador animoso que encontró fuera, encontró cien aún más animosos dentro. Mientras la obra pública de organización del partido revolucionario en el extranjero atraía las miradas y hasta las sonrisas compasivas, la obra secreta de la conspiración se ramificaba á escondidas por toda la Isla, ganaba prosélitos en todas las clases, se apoderaba del campo, minaba las poblaciones, se extendía como red de apretadas é invisibles mallas, y se adhería á todos los miembros del organismo social. Mientras en la superficie

nada parecía irregular, y sólo algunas pequeñas trepidaciones rompían de cuando en cuando su monótona tranquilidad, el fuego interno corría por las entrañas de la tierra, y se acumulaba en los lugares que habían de servir de cráter para expelerlo en conflagración estruendosa.

Martí que impulsaba y seguía ese trabajo subterráneo, Martí que sabía como pensaban y lo que querían y lo que estaban dispuestos á hacer los más, los que no hablaban ni se exhibían, pudo por entonces contestar á un cubano distinguido, que trataba de disuadirlo de su empeño, encareciéndole la poca disposición del país desvelado con otros propósitos, una frase luminosa que caracteriza gráficamente su obra. Le decía su interlocutor que la revolución se asfixiaría al nacer en una atmósfera de indiferencia, si no de hostilidad, y Martí le contestó sonriendo: "Usted ve la atmósfera, y yo veo el subsuelo." Aquí estaba todo. Su mirada profética había entrado desde mucho atrás en las entrañas del pueblo, y ahora sabía que todas las corrientes profundas estaban encauzadas, y que cuando Moisés tocara la roca, se precipitarían en catarata desbordada que ningún obstáculo podría detener.

Martí vió más hondo que todos los suyos, porque sentía más hondo. La grandeza de su ideal explica la profundidad de su mirada. Y su entusiasmo, fortalecido por el dolor y el trabajo, le sirvió más que á otros su ciencia. En su labor de años, de muchos años, no conoció la fatiga, ni la impaciencia. Por eso pudo aguijar á los cansados y refrenar á los impetuosos. Seguro de sí mismo, supo estarlo de los demás. Tenía un talismán supremo, y era que estaba dispuesto al sacrificio. Toda su vida sufrió por Cuba: sufrió el destierro, sufrió la pobreza, sufrió la burla, sufrió la calumnia, sufrió el descono-

cimiento de los que más estimaba, y el apartamiento de los que más amaba. Pero tenía que seguir, debía seguir, solo ó acompañado, y siguió. Al cabo se encontró acompañado por todo su pueblo.

Cuando llegó la hora marcada en el reloj de su previsión, todo estaba listo. Soldados y jefes no esperaban más que la señal. El pueblo estaba detrás para seguirlos, para identificarse con ellos. El apóstol había concluido su obra de apostolado. Lo esperaba ya la obra de martirio. Su corazón profético se lo había dicho: "Para mí la patria no será nunca triunfo, sino agonía y deber." Cuando estalló la lucha que había preparado, creyó que el deber lo llamaba á la lucha, y fué á la lucha. Dió la cara á la muerte, que lo esperaba artera. Pero él daba siempre la cara. Voló á Montechristi, donde residía el veterano general, que en su pensamiento simbolizaba el destino de su patria libre, se abrazó á él como á un lábaro santo, y en imperceptible esquiife, con solos tres hombres, se lanzó al mar proceloso, pudiendo decir, nuevo César, mejor que César, "la fortuna de Cuba va conmigo." Pisó la tierra amada, la pisó de nuevo, como lo había soñado, con el acero libertador levantado en alto. Un solo instante fulguró en el cielo de la patria, que se precipitó á recibirlo. Al levantarlo, cayó fulminado. El águila desapareció entre rayos. Cayó como un titán, pero cayó en lo alto, después de haber escalado el cielo. Y el mundo, que había sostenido en sus brazos, no se hundió con él. Había preparado diez mil brazos para recibirlo.

Grande en la vida y en la muerte, heróico en el aspirar y en el ejecutar, así fué Martí. Ayer se le miraba como un conjunto de raras y contrapuestas cualidades. Hoy, á nuestros ojos asombrados y entristecidos, su vida nos